

SERMON DE SAN BENITO.

(DE CLIMENT.)

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: ¿quid ergo erit nobis?

Hé aquí que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido: ¿qué es pues lo que tendremos?

S. Mat., c. 19. v. 27.

Quien camina sin guía por una áspera é intrincada senda, está expuesto al riesgo de perderse. Por mas que le hayan instruído, encontrando á cada paso con encrucijadas y dificultades no previstas, ó temeroso retrocede, ó impaciente registra con la vista, y aguarda algun pastor ó pasajero que le encamine. Pero si entre estas dudas y esperanzas se cierra la noche ¡qué ansia! qué congoja! ¡qué desesperacion! Reniega de su temeridad, fatigado se reclina sobre las piedras, hasta que con la luz del día puede volverse á su posada. Así, Señores, caminaban los hombres en este mundo ántes de la venida de Cristo Señor nuestro. Casi todos ciegos entre las tinieblas de la gentilidad, se iban sin pensar al camino del infierno; ó para decirlo con el Espíritu santo, por un oculto pero justo juicio, abandonó Dios á todas las gentes, y las dejó sin remedio en el camino de la perdición: *Dimisit gentes omnes ingredi vias suas* (1). Solo en los estrechos términos de la Judea era conocido el Dios verdadero: solos los israelitas tuvieron en el Decálogo un como itinerario para el cielo. Y aun con esto casi siempre, ó llevados de su perversa inclinacion, ó atraídos del mal ejemplo de los pueblos vecinos, entregándose á los vicios y á la idolatría, se

(1) *Act. c. 14. v. 15.*

desviaban del camino de la virtud. Sentía Dios ver descarriadas las ovejas del rebaño de su querido Jacob, y de tiempo en tiempo enviaba al mundo algunos pastores ó profetas, para que las advirtieran sus errores y extravíos. Cuidado, cuidado, clamaba Isaías, deteneos, volved al camino, no declineis á la diestra, ni á la siniestra (1): *Hæc est via, ambulate in ea, et non declinetis ad dexteram neque ad sinistram*. Pero eran poco atendidas sus voces, porque las luces proféticas de que iban acompañadas no bastaban á alumbrar la ceguedad de aquellos entendimientos. Eran estas luces precursoras de aquellas, cuya claridad, dice el evangelista san Juan, llenaria todo el mundo. Solo el corazón mas fino que el iman podría seguir el norte, ó la estrella de Jacob, ántes de nacer. Vivian los justos de Israel en el crepúsculo de la mañana, y conociendo que eran aquellas luces del sol de Judá, suspiraban y anhelaban que se dejara ver resplandeciente. Ya es hora, decian (2) ó gran Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ya es hora que amanezca el sol, lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra, y brote al Señor salvador, un fruto tan saludable, que sea triaca al veneno de la fruta del paraíso. Acábase ya, Señor, la guerra que desde el pecado de Adán por espacio de cuatro mil años hacen los hombres rebel-des á vuestra soberanía.

A estas súplicas de los justos israelitas añadió el profeta Daniel (3) ayunos, cilicios, ásperas penitencias, lágrimas y gemidos, para alcanzar de Dios se anticipara el tiempo de la venida del Mesías. Y con efecto, pues desde el principio de sus ruegos como le dijo el ángel, expidió el senado de la beatísima Trinidad el decreto de que en breve se diera cumplimiento á las profecías, se ungiera el santo de los santos, y viniera al mundo el rey pacífico, que mediara y ajustara la paz entre Dios y los hombres. Y así como los reyes de la tierra despues de sangrientas guerras, para mayor firmeza de las paces tratan mutuos recíprocos matrimonios; así tambien la infinita bondad del rey de los cielos, para reconciliarse para siempre con los hombres, se dignó unir en estrecho indisoluble vínculo su divina con la humana naturaleza; ó para decirlo con santo Tomas de Aquino (4), se dignó contraer matrimonio con ella. Á este fin

(1) *Isaia, c. 30. v. 21.* (2) *Isaia, c. 46. v. 8.* (3) *Dan. c. 9. v. 3*

(4) *3. p. q. 30. a. 1. in Corp.*

no buscó en los palacios de los emperadores del mundo para esposa del Espíritu santo y madre del divino Verbo alguna mujer, cuyas riquezas, majestad y hermosura pudieran llenar las medidas del mas ambicioso ó desvanecido: ni ménos buscó alguna de aquellas deidades, que fingieron los gentiles para esposas de sus falsos dioses. Eligió Dios entre todas las hijas de David la mas pobre de bienes de fortuna, pero la mas rica de virtudes, la mas humilde, pero la mas magnánima, la mas hermosa, pero la mas recogida, la mas discreta, pero la mas modesta, en una palabra, á María santísima señora nuestra, asombro de la gracia y de la naturaleza.

Bien hubiera podido Dios, como supremo señor de lo criado, efectuar su designio, sin esperar el consentimiento de María; pero no quiso por las razones que alega el angélico Doctor. Era conveniente, dice el santo (1), que se le anunciara á María el misterio de la Encarnacion, para que fuera testigo de ella, para mayor crédito de su humildad, y para que interviniera María como apoderada de toda la naturaleza humana en este contrato ó espiritual matrimonio. Por eso envió el Altísimo desde la corte del cielo al arcángel san Gabriel, con una solemne embajada que llenó de admiracion á María. No ignoraba, como tan versada en las Escrituras, que muchas veces habian bajado los ángeles á la tierra, pero á ser venerados de los mas insignes patriarcas; y viendo que Gabriel le manifestaba su inferioridad y su respeto, se halló confusa (2). *Turbata est in sermone ejus*. Y aun se turbó mucho mas, cuando le oyó decir que concebiria en sus entrañas un hijo: porque deseaba obedecer los órdenes del cielo; pero no queria quebrantar el voto de virginidad, que tenia hecho. No dudaba, segun el sentir de san Ambrosio, lo que el ángel le decia; pero ignoraba el modo: *Quo modo fiet istud*. Y apénas le declaró el ángel que se efectuaría el misterio sin menoscabo de su virginidad, prorumpió en aquellas palabras: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*: en mí tiene el Señor una esclava, hágase en todo su voluntad.

Entónces se horrorizaron los demonios, al sospechar que aquel consentimiento era el fallo de la ruina de su imperio: entónces se regocijaron los cielos por ver que se abrian sus

(1) *Ibid.* (2) *Lucæ, c. 1. v. 26.*

puertas, para admitir nuevos ciudadanos: entónces cantaron los ángeles alegres cánticos de alabanza de su nueva reina: entónces se desposó el Espíritu santo con María: entónces el Hijo del Padre eterno bajó sin dejar por su inmensidad los cielos, á hacerse hijo de María en sus entrañas. En el mismo instante que dió la Virgen santísima su consentimiento, de una porcion de su preciosísima sangre se formó con el influjo solo del Espíritu santo un hermoso cuerpo, que animado con una perfectísima alma, se unió á la segunda persona de la Trinidad beatísima. De estas dos naturalezas divina y humana, realmente distintas entre sí, unidas en una persona divina, se constituyó y de hecho se constituye Cristo Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre. Verdadero Dios, engendrado desde la eternidad, igual en todo y consustancial al Padre eterno. Verdadero hombre, compuesto de cuerpo y alma, semejante á nosotros no solo en las perfecciones, sino tambien en los defectos, á excepcion de aquellos, que ó inclinan al pecado, ó retardan de la virtud. Por mas que sean dos las naturalezas de Cristo, por ser una sola la persona, se verifica que Dios es hombre, y que el hombre es Dios: se afirman con verdad del hombre todos los atributos de Dios, y de Dios todas las propiedades del hombre.

Aunque quisiera dilatar me mas, no podria daros una perfecta noticia del misterio de la Encarnacion; porque no solo es incomprendible á nuestras capacidades, sino tambien á los sublimes entendimientos de los mayores padres de la Iglesia. Mejor puede percibirse la dicha y el provecho que nos acarrea este misterio, aunque no deja de ser inefable: porque ¿quién llega á comprender todas nuestras miserias y toda la infinita majestad de nuestro Dios, para poder explicar la fineza que nos hizo en unirse con nuestra naturaleza? Solo este símil podrá darnos alguna luz. Si un monarca absoluto de las cuatro partes del mundo, jóven, galan, entendido, partiera su tálamo y su imperio, elevara á su trono, eligiera por esposa entre todas una mujer fea, loca, infame, torpe, monstruosa y abominable en el alma y en el cuerpo; y no engañosa ó ihdeliberadamente, sino con acuerdo, y despues de una madura reflexion, ni por otro fin, que por librar aquella mujer de la muerte, ¿no se pasmara el mundo? ¿No exclamaran todos: O príncipe piadoso! O feliz

(1) *Philip. c. 2. v. L,*

fealdad de mujer! Siendo pues infinitamente mayor la distancia que hay entre Dios y los hombres, que la que puede haber entre dos criaturas, con mayor razon debemos exclamar agradecidos y admirados: ¡O infinita benignidad de nuestro gran Dios! ¡O feliz culpa de Adan! que dió motivo á que el Omnipotente y soberano se aniquilara, como dice san Pablo (1), ó se hiciera nada, haciéndose hombre: *Seipsum exinanivit, formam servi accipiens, habitu inventus ut homo*. Y no por librarnos de la muerte del cuerpo, sino para darnos la vida del alma: no solo por engrandecer á su madre María, sino para hacernos hijos suyos: no solo por coronarla reina en los cielos, sino tambien para darnos la corona de la gloria.

Tambien podréis conocer el beneficio que nos hizo Dios en enviar á su hijo al mundo, si os acordais de su infeliz estado ántes de su venida. Ya habéis oido, Señores, que iban torcidas las sendas del mundo, que estaba cerrado el camino del cielo. Creían los hombres que las riquezas eran el único apoyo de la felicidad, que la soberbia era inseparable compañera de la fortuna, que la humildad era baja indigna de un ánimo generoso. Pero apénas nuestro gran Dios se hizo hombre, empezó á clamar, que segun el vaticinio de Isaías (2) debian ya abatirse los montes mas soberbios, para que los humildes valles se exaltaran: que viéndole pobre y humilde debian los hombres imitarle: que él se ofrecia á enderezar y á allanar el camino del cielo. Ea, seguidme, seguidme, decia á unos y á otros: no malogreis el fruto de mi encarnacion. Á estas voces del Señor se manifestó Pedro tan obediente, que sin alegar excusas, le dijo resueltamente: Ea bien, Señor, ya os seguimos: *Ecce nos, secuti sumus te*. Es de reparar, que no le dijo Pedro, ya os sigo, sino que le dijo, tomando la voz de sus compañeros, ya os seguimos, dándonos á entender con esto, que por ser cabeza y primer móvil del apostolado, era el primer acreedor á la fineza de todos. Este obsequio le juzgó Pedro tan agradable á la Majestad de Cristo, que sin temer la nota de ambicioso, se atrevió á preguntarle: ¿Y qué premio tendrá nuestra obediencia? *Quid ergo erit nobis?*

Esta misma fineza se admira repetida en el gran Benito, primer patriarca del occidente, y principal objeto de esta festivi-

(1) *Philip. c. 2. v. 27.* (2) *Isa. c. 40. v. 4.*

dad: pues no solo siguió á la majestad de Cristo, sino que por su respecto le siguieron innumerables, mereciendo igual recompensa que Pedro. Esta cláusula del Evangelio dará el asunto á mi oracion. Intentaré manifestaros en su primera parte, que Benito fué fiel en seguir al Señor: en la segunda que fué solícito en que otros le siguieran, y en la tercera que fué feliz en que Cristo le premiara. Los admirables ejemplos de su heroica virtud deben provocaros á la imitacion, los saludables documentos de su doctrina deben alumbrar vuestros entendimientos; la felicidad de su gloria debe alentar vuestras esperanzas. Ya veo que no son mis palabras eficaces para producir en vosotros estos efectos; pero confío que el Espíritu santo por la intercesion de María su esposa suplirá con su asistencia mi tibieza. Os hallais, ó soberana Reina, empeñada á favorecer mis súplicas, ya que acuerda en este día la piedad una de vuestras mayores glorias juntamente con las de Benito; ya que por haberme detenido en admiraros Madre de nuestro gran Dios, no puedo dilartarme en elogio de Benito, no desmerezca por corto, supuesto que vuestro gran poder no se mide con el tiempo, sino con el cúmulo de gracias de que os llenó el ángel, cuando os dijo: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Aunque el destino de la venida de Cristo al mundo fué dirigir á los hombres en el camino de la verdad, tratando y comerciando con ellos, con todo nos dió á entender, que este camino guia hácia el desierto y la soledad, y nos aparta del comercio y compañía de los hombres; pues cuantas veces lo permitió el ministerio de su predicacion, disgustado, como dice el angélico Doctor (1), del bullicio y vanidad del mundo, tomó la retirada del monte ó del desierto. ¿Qué alabanzas no dió Cristo á su primo el Bautista al verle anacoreta en los desiertos de Judea? Le pareció poco llamarle profeta, le eligió su precursor y le hizo en el Jordan primer testigo de vista de su divinidad. Igual elogio al del Bautista se merece Benito, por haberle con tanta perfeccion imitado. Desde sus primeros años quiso per-

(1) 3. p. q. 40. a. 1.

cibir el fruto de la encarnacion del Hijo de Dios, que en sentir de san Pablo se halla reducido al retiro del siglo (1): *Qui dedit semetipsum pro peccatis nostris ut eriperet nos de presenti saeculo nequam*. Siglo en verdad malvado para todos; pero tanto mas engañoso para Benito, cuanto mas halagüeño. La nobleza de sus ascendientes, senadores y cónsules romanos, halagaba su vanidad: la viveza y perspicacia de su entendimiento era infalible pronóstico de su fortuna: brindaban su apetito los placeres sostenidos del poder, de las riquezas, y del mal ejemplo de tantos jóvenes disolutos: delante de sus ojos se le abria un camino todo sembrado de flores, que guiaba al precipicio.

¿Quién creyera, Señores, que no habia de caer Benito en estos lazos? ¿Quién creyera que habia de volver la espalda á la fortuna, cuando se le manifestaba mas risueña? ¿Quién creyera que en tan tierna edad, á pesar de todos sus sentidos, habia de conocer con Isaías, que todas las delicias y glorias de este mundo son flores del campo que se marchitan? (2) *Et omnis gloria ejus quasi flos agri*. ¿Quién creyera que á la primera inspiracion del cielo, habia Benito de salirse del mundo? Cuanto mas me detengo en este primer paso de la vida de Benito, tanto mas me admiro: *Perpendo plane*, diré con S. Gregorio el Grande (3), *et vehementer stupeo*: porque advierto que nuestro santo no fué como aquellos que se apartan del mundo á fuerza de desengaños, ó á violencias de la necesidad, ó de una adversa fortuna, de quienes no tanto puede decirse que dejan al mundo, como que el mundo enojado con ellos los arroja de sí. Jamas vió Benito airado el rostro de la fortuna, se miraba circuído de opulencia, de fausto y de majestad: ni fué como aquellos que salen del siglo con tal tropel y tumulto, que su retiro tiene mas visos de ser á impulsos de un espíritu precipitado, que á benignas apacibles influencias del cielo. Siguió Benito la voz de Dios, que manda por Isaías se ejecute con premeditación y con el mayor acuerdo. *Non in tumultu exhibitis, nec in fuga properabitis; præcedet enim vos Dominus* (4). No fué como aquellos que huyen de los trabajos y buscan los regalos del mundo, que se acogen á los claustros como á un puerto de descanso y de comodidad, que conservando con el amor propio

(1) *Ad Galat. c. 1. v. 1.* (2) *Isaïæ, c. 40. v. 6.*

(3) *In vita S. Bened. lib. 2. dialog.* (4) *Isaïæ, c. 52, v. 12.*

el afecto á todo lo que es conforme á su genio, solamente sacrifican á Dios como aquel hermano de Abel, lo que no les agrada. Benito dejó en el mundo todos los afectos del mundo, buscó en una inaccesible roca una cueva para constituirse superior á los consuelos y á las necesidades de la naturaleza, alimentándose de un poco de pan, que le suministraba con pena, y de cuando en cuando, el único confidente de su penitencia.

Vehementer stupeo, vuelvo á decir con Gregorio, me pasmo, Señores, al representármese Benito, todo su hermoso cuerpo denegrido, vestido de cerdas, cuyas puntas, cuyos ásperos nudos, mas le atormentan que le cubren. Reparo que para otros solitarios fué honesto desahogo la blanda corriente de los arroyos, el dulce canto de las aves, y el verdor de los campos: vuelvo la vista, y veo que de la horrible funesta cueva de Benito solo se percibe un pedazo de cielo. *Vehementer stupeo*, me pasmo al considerar á Benito dentro de aquel sepulcro tan muerto al mundo, que no acierta á distinguir los días y las noches, sirviéndole como de luces las mismas tinieblas: *Sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus*. (1) Ocupado todo su pensamiento en la eternidad, pierde la sucesion de los tiempos, ni aun sabe cuándo se celebra el dia de Pascua. Poseído de todo el espíritu de Cristo, y adorándole á un mismo tiempo en todos sus misterios, no quiere separar ni la solemnidad, ni el orden. Cree que para un pecador no debe haber ni alegría ni fiesta, que todos los dias deben ser dias de lágrimas y penitencia. Así Benito sin tiempo, sin país, sin comercio, anticipadamente ciudadano del cielo, vive solo en Dios, con Dios y para Dios. Ni se acuerda Benito de los hombres, ni los hombres se acuerdan de Benito; sola la divina Providencia vela sobre Benito. Parece que oigo aquella voz celestial, que perturbando el regocijo de un sacerdote vecino le acusa su impiedad: tú, le dice Dios, te preparas un banquete, y mi siervo desfallece en esas grutas vecinas: *tu tibi delicias paras, et servus meus fame torquetur*. Va corriendo el sacerdote entre valles y riscos, y á costa de mucho trabajo encuentra la cueva, en donde Benito acosado de hambre apenas respira los últimos alientos de su vida. Convídale el nuevo huésped con el regalo, y nuestro santo estaba tan bien hallado con el desfallecimiento, que se resistió por tres veces,

(1) *Psalm. 138. v. 12.*

hasta que advertido de que iba enviado del cielo, tomó con el alimento algunas fuerzas, para volverlas á perder al rigor de las penitencias.

Por tres años estuvo nuestro santo anacoreta en aquella gruta. Una oracion continua y fervorosa le hizo perder el afecto, y aun la memoria de las cosas terrenas. Cien veces todos los dias con la penitencia purificaba su corazon, nada manchado con la culpa, para ofrecerle á Dios un sacrificio agradable. De las mismas rocas formó como un terraplen ó baluarte contra los asaltos del siglo; con todo estuvo á pique de rendirse á una tentacion, y perder en el desierto la inocencia, que habia conservado en medio del mundo. El demonio de la impureza, como refiere san Gregorio, esparce un no sé qué veneno en aquella gruta. Un pájaro infernal volando á su rededor, inficiona el aire que respira. Túrbase nuestro santo, siente que su fervor se enfría, que se oscurecen las luces de su razon. Del fondo de sus sentidos mortificados se eleva á la superficie del alma un craso vapor, la memoria le representa á su disgusto la imágen de una belleza vista ya tiempo há en Roma. Este mortal pensamiento fomenta un deseo importuno, de este deseo nace un secreto disgusto de la soledad. Vos lo permitisteis, ó Dios mio, para que con la experiencia de su flaqueza, y con el reconocimiento de vuestra piedad se uniera mas estrechamente con vos, y para dejarnos un escarmiento á nuestra fragilidad.

Una vista tal vez inevitable, sin designio ni malicia, pudo hacer temblar una de las mas fuertes columnas del cristianismo; y nosotros creemos que podemos exponer sin peligro nuestra débil virtud á tentaciones voluntarias. En vez de contener con una sabia y modesta circunspeccion nuestros ojos, les abandonamos continuamente á una vaga é indiscreta curiosidad. Se celebra ya la viveza de aquellos, que con alguna superficial decencia de palabras encubren sentidos deshonestos. Todos los dias se emplean en comercios de complacencia ó de lisonja, con los cuales se encienden recíprocamente, como dice Tertuliano, las centellas de la impureza. ¿No es esto un esconder el fuego en el propio seno, un caminar sobre las brasas, segun el lenguaje de la Escritura, y pretender no quemarse? *Numquid potest homo... ambulare super prunas, ut non comburantur plantæ ejus?* (1)

(1) *Prov. c. 6. v. 28.*

Bien léjos está Benito de estos incendios, y hasta su cueva llegan las llamas; pero puede apagarlas, porque tiene bien mortificados los sentidos y bien merecida la asistencia del cielo. Apénas toca Dios con los auxilios de la gracia á su corazon, como que despierta de un sueño, vuelve en sí, segun dice san Gregorio: *Ad semetipsum reversus est*: advierte rebelde é inflamada su sangre, y resuelve curar la enfermedad con sangrías; arrójase entre unas zarzas, y revolviéndose en ellas castiga el asomo de un deleite con una infinidad de dolores. Queda ya Benito no solo sin afectos, sino tambien sin carne y sin sangre. Ya este precioso licor derramado llena de fragancia todos los contornos: ya los huesos de nuestro santo con el fuego de la caridad arden y lucen como una antorcha: ya perciben los pastores sus luces, y publican que habia un nuevo Bautista en el desierto: ya Benito despues de haberse ostentado fiel en seguir á Cristo penitente en el desierto, sale á predicar penitencia á los hombres, y á solicitar que le sigan para poderle decir con san Pedro: *Ece nos secuti sumus te.*

SEGUNDA PARTE.

Persuadir la virtud sin practicarla, fué vano designio de los filósofos antiguos: practicar la virtud sin enseñarla, fué empresa propia de los primeros anacoretas, gloriosa en verdad y muy útil para ellos, pero casi estéril, y de ningun provecho para los otros. Por sí solos los anacoretas llegan á perfeccionarse tanto en la virtud, que sin ayuda de otros, con sus manos y brazos, como dice Benito en el capítulo 1º de su regla, vencen al mundo, á la carne y al demonio; pero no tienen ni mas plaza ni mas grado, que de soldados en el ejército de Cristo. Bueno fuera que salieran al mundo á enseñar á los hombres el arte de guerrear contra el infierno: sin competencia se les entregaria el baston de general, y atraídos todos del crédito de su valor ó de su virtud, se alistarian bajo sus banderas. Bien se vió comprobada esta verdad en el Bautista, y se vió confirmada en Benito. No os disgusteis, Señores, al oír tantas veces repetida la comparacion de nuestro santo con el Bautista. Porque ¿acaso tiene Benito otra mayor gloria que ser semejante al mayor de los nacidos?